

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 301

Barcelona, 29 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

“¿Se habría suicidado Larra si, en el Madrid de su tiempo, hubiera logrado ver algo del Madrid de nuestros días?”.

(Del artículo “Lo que hubiera dicho Juan de Mairena en 1937”, de Antonio Machado)

Lo que hubiera dicho Juan de Mairena en 1937

En 1837 se extingue en Italia la amarga y breve vida de Giacomo Leopardi; en el mismo año, a los 28 de su edad, se mata Figaro en Madrid, es muerto en Rusia Alejandro Puchkin, que había nacido en 1799. Por tres caminos distintos — la dolencia congénita, el duelo y el suicidio — vino en un mismo año la muerte a llamar a la puerta de tres egregias juventudes. ¿Fueron muertes prematuras las de Larra y Puchkin, por cuanto hubo en ellas de inesperado y accidental? Prematuras, no, ni siquiera anticipadas y a destiempo, si es cierto que la juventud y la muerte suelen ir empujadas, como hermanas gemelas, en los días románticos. Acaso esté bien llamar romántico — como decía mi maestro — a quien alcanza en plena madurez temprana muerte. Algo habría que oponer — claro está — a esta definición del romanticismo. Ella nos obligaría a incluir en él, no sólo a Leopardi, que fué, en parte, un clásico madurador de la muerte, sino al propio Tito Lucrecio Caro, tan apartado de la edad romántica. Contiene, sin embargo, alguna verdad; porque hay muchos románticos, los más, a quienes puede aplicarse el verso de mi maestro. Recordemos, con Puchkin y Larra, a Byron, a Shelley, a Espronceda, a Musset, a Bécquer, a tantos otros que dejaron en plena juventud obra madura, si no siempre insuperable, al menos, que ellos no la hubieran nunca superado. Y acaso no sería del todo aventurado decir que la longevidad ha malogrado a más románticos que la muerte misma.

Pero volvamos a Larra y a Puchkin. Larra deja una obra breve, pero acabada y perfecta en su género. Un siglo llevamos imitando sus artículos de costumbres, sin llegar a igualarlos siquiera. No es extraño: para pensar como Larra, sólo Larra, y nadie más que Larra, había venido al mundo. Pero Larra triunfó en nuestras letras por temperamento, como si dijéramos por riñones, como, a veces, se triunfa en España. Su suicidio fué, en cambio, un acto maduro de voluntad y de conciencia. Anécdotas aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla. ¿Fué un error? Acaso, aunque perfectamente sincero y maduro. La muerte de Larra me recuerda el suicidio de un personaje de Dostoiewski, que se mata cuando cree haber averiguado que Rusia no sería nunca un gran pueblo. El ruso se equivocaba, sin duda.

¿Se habría suicidado Larra si, en el Madrid de su tiempo, hubiera logrado ver algo del Madrid de nuestros días? Probablemente, no. Pero la obra de Larra estaba acabada allí donde él la dejó, y fué el suicidio su último y definitivo artículo de costumbres. Su misión, romántica, fué madurar brevemente una obra de muerte, y una gran verdad: «el hombre es la medida de todas las cosas, menos la de los hombres y la de los pueblos».

Es Alejandro Puchkin el más grande poeta de Rusia. Su obra es la piedra fundamental de la literatura eslava. La lírica, el teatro y la novela deben a Puchkin creaciones definitivas. Godol, Turgenef, Dostoiewski, Tolstoi, lo admiraron sin reserva. Los rusos juran por su nombre. El mundo entero proclama a Puchkin inmarcesible gloria de la literatura moderna.

Es cierto que cuando un poeta romántico, como Puchkin, muere en plena juventud por violencia imprevista, pensamos más en lo trágico y fatal que en lo fortuito de su acabamiento, como si su destino no se hubiera logrado sin aquella temprana muerte. Murió Alejandro Puchkin en duelo, a manos de un señorito, hábil — si no recuerdo mal — en el manejo de la pistola. ¿Por culpa, acaso, de una mujer frívola — su propia esposa —, no menos insignificante que la amada de Figaro? Puchkin tuvo la elegancia de morir defendiendo piadosamente el honor de su esposa. ¿Por culpa, tal vez, de una corte abyecta e intrigante que Puchkin despreciaba? Cuando haya eruditos capaces de averiguar algo, lo sabremos.

Alguna vez he pensado que en la muerte de Puchkin hubo también algo de suicidio, aunque por motivos contrarios a los que tuvo Figaro para matarse. Acaso el Conde Alejandro Puchkin se dejó matar, que es manera indirecta de suicidio; dejó que matasen al cortesano que llevaba consigo desde su nacimiento, aceptó el lance en que éste podía morir, cuando el poeta, el hombre esencial que había sido siempre, encontró plenamente y logró hacer suya el alma maravillosa e inmortal de su pueblo. Como buen ruso, era Puchkin hombre complejo, capaz de amarse y aborrecerse al mismo tiempo. Además, ¿qué importaba a Puchkin morir en una encrucijada de la corte, cuando pensaba tener asegurada la inmortalidad en el corazón de su pueblo?

La Rusia actual, que celebra el primer centenario de la muerte de Puchkin, es tan grande como el poeta la había soñado. Y toda ella dice hoy: ¡nuestro Puchkin! y con Rusia lo decimos todos los amantes de la libertad y de la cultura. ¡Nuestro Puchkin!

Antonio MACHADO

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

¿QUIÉNES SON LOS TERRORISTAS?

Una memoria del partido socialdemócrata

En la historia alemana no se conocieron hasta el año 1919 los atentados terroristas. A excepción del asesinato del poeta ruso Kotzebue, cometido por el estudiante Sand en 1819, y de los dos atentados de Hoedels y Nobilings, contra Guillermo I en 1878, en el segundo de los cuales fué herido el Káiser, no se registró ningún crimen político en un siglo entero. Durante varios años se cometieron gran número de atentados en Europa; pero Alemania fué una excepción. Sólo después de la gran guerra se igualó Alemania a las demás naciones. El 21 de febrero de 1919 fué asesinado en Munich el presidente del Consejo de Ministros, Kurt Eisner. El agresor fué un estudiante nacionalista, Graf Arco. Dos años después fué muerto a tiros, cuando se dirigía a su casa, Gareis, representante del partido socialdemócrata independiente de Baviera. No se pudo hallar al asesino. El 26 de agosto de 1921 asesinaron los nacionalistas Schulz y Tillesen al ministro del Reich Matthias Erzberger, perteneciente al partido del centro. El agresor logró huir a Hungría con un compañero suyo. El día 4 de junio de 1922 se cometió un atentado contra el ex presidente del Consejo de Ministros del Reich Philipp Scheidemann, que fracasó. Los criminales fueron el nacionalista Hustert y Oelschlaeger. El 24 de junio de 1922 los nacionalistas Fischer y Kern mataron a tiros al ministro de Negocios Extranjeros Walter Rathenau. Estos asesinos, a quienes se dió muerte cuando intentaban huir a Burg Saaleck, fueron honrados, después de ocupar el poder Hitler, con un monumento elevado a su memoria.

La ola de terror continuó; pero entonces los atentados no se cometían sólo contra personalidades del país, sino, sobre todo, contra simples funcionarios y afiliados a los partidos de la oposición. El organizador del nuevo terrorismo fué el partido nacionalsocialista y su S. A., que perseguían especialmente a los comunistas.

El 22 de agosto de 1932, el juzgado de Beuthen condenó a muerte a cinco nacionalsocialistas que habían asesinado brutalmente, en presencia de su madre, a un obrero comunista. Al día siguiente Hitler les envió este telegrama: «Camaradas: ante la terrible condena que ha recaído sobre vosotros, estoy de todo corazón a vuestro lado. Vuestra libertad significa para nosotros una cuestión de honor. Tenemos el deber de ayudarlos.»

Von Papen, que era a la sazón canciller del Reich, dijo en un discurso que pronunció en Münster: «En la lucha política debe estar permitido el asesinato y la venganza.»

Hitler declaró, días después, en Berlín: «El que vive y muere para Alemania tiene todos los derechos; el que se muestra contrario a ella no tiene derecho a nada.»

Los asesinos nacionalsocialistas fueron perdonados y sacados triunfalmente de la cárcel no bien fué nombrado Hitler canceller del Reich. Aunque la ocupación del Poder por los nacionalsocialistas no encontró resistencia por parte de los alemanes, ello no impidió que fueran asesinadas muchas personas que habían votado a los partidos contrarios. Entre ellas figuraban el ex presidente del Consejo de Necklenburg, Stelling, Husemann y veinte diputados de partidos de izquierda.

El terrorismo no quedó reducido al interior del país, sino que se extendió al extranjero. Así, fueron asesinados, por ejemplo, en Checoslovaquia, el profesor Teodoro Lessing y el ingeniero Formis; en Lichtenstein, el director de teatro Rotter y su mujer; y en Austria, el ingeniero Bell.

Los asesinos pudieron huir a Alemania, de donde procedían.

La ola de terror del 30 de junio de 1934 ofreció la novedad de que fueron ejecutados muchos militantes del mismo partido nacionalsocialista. Por orden de Hitler y Goering entraron en Berlín, en Munich y en otras ciudades militantes del S. S. que asaltaron las casas de los amonados y los asesinaron. Así murió Roehm, lugarteniente de Hitler, el ex canceller del Reich, Schleicher, su esposa y el ex presidente del Consejo de Baviera von Kahr. El ex canceller Brüning y el ministro Treviranus pudieron escapar a ese terrible destino.

Ahora, muchos de los afiliados a los partidos nacionalsocialistas están arrepentidos de lo hecho y dicen que está bien que se ayude al pueblo español. Este cambio de actitud se advierte en el único atentado contra Hitler, que se cometió el 13 de julio de 1934 por sus mismos partidarios. A este respecto, hay que pensar en los miles y miles de parientes de los asesinados y en los millares de presos que llenan las cárceles y los campos de concentración por ser contrarios al régimen nacionalsocialista.

Hay que pensar también en los miles de católicos y protestantes que han sido ofendidos por su manera de pensar y en las masas hambrientas y de trabajadores. ¿Quién podrá impedir que un día se alce este pueblo como un solo hombre y tome justa venganza?

(«Neuer Vorwaerts», 7-XI-37.)

Este DIARIO se reparte gratuitamente

Ayuda de Hollywood a las víctimas de la guerra española

Londres, 13-XI-1937. — Muchos artistas de Hollywood han formado un comité de ayuda a España, al cual pertenecen, entre otros, Frederic March, Franchot Tone y Luisa Reiner. Se ha enviado un telegrama a Ellen Wilkinson, en el que solicitan su cooperación para organizar una colecta de Navidad en favor de las víctimas del fascismo en España.

Ellen Wilkinson se dirigirá, entre otras personalidades, a Lloyd George, la condesa de Atholl, Mr. Attlee, sir Archibald Sinclair y Bernard Shaw para que presten también su ayuda.

Aviones para la España rebelde

Hamburgo, 11-XI-1937. — Se tiene conocimiento de que el buque «Monte Osieres», perteneciente a la sociedad de navegación Hamburg-Sued, llevaba a bordo un avión de bombardeo, el cual fué descargado en Lisboa, de donde se envió a la España rebelde.

¿Dejaremos que Hitler y Mussolini colonicen el Brasil?

En la primavera pasada—nuestra primavera que era el otoño brasileño—, el teatro Recreo de Río de Janeiro representaba una revista popular que obtenía gran éxito. El Recreo es un teatro muy antiguo escondido en el fondo de un callejón sin salida, en el barrio viejo de Río. Su clientela es exclusivamente «carioca»; este nombre no designa un baile, como creen los europeos, según una película célebre, sino que es el nombre de los habitantes de Río.

Los «cariocas» del pueblo, los que tres veces al día llenan el Recreo, son gentes de una dulzura y de una gentileza raras. Es el pueblo más fácilmente divertido y más indulgente que existe. Veinte razas, tres o cuatro pigmentaciones de piel, dos o tres continentes fundidos en el crisol gigante del Brasil, componen una hibridez sabrosa, en la que todos los matices de la piel, todos los colores de la esclerótica, todas las maneras conocidas de peinar el cabello, liso, ondulado, rizado, encrespado, mate o brillante, se confunden para formar una gran diversidad. Ese pueblo es sensible a la música, al canto y al ritmo. El baile es su placer favorito. Y a él se entrega con una violencia que sorprende. Dichoso cuando está unido a una muchedumbre, el «carioca» sabe apreciar la soledad, que le encanta. No es raro encontrar en los límites de Santa Teresa, a horas avanzadas de la noche, gente solitaria que va con paso perezoso, mecido sus sueños con el *crin crin* del violín, del banjo o la flauta. Profundamente pacífico, poco estropeado por el alcohol (quizás a pesar suyo, pues bajo este cielo el alcohol mata casi con tanta seguridad como la cuerda al ahorcado), es un pueblo niño, riente, un poco maldiciente, charlatán, chismoso; uno de los más simpáticos que se conocen.

La revista del Recreo se llamaba «Mamá, to quiero...» (Mamá, yo quiero), título de una de las canciones del último Carnaval. Este título, además, no tenía nada que ver con el asunto. Estaba allí para dar al compositor una salida de sambas, en la que tomaban parte todos los instrumentos de las orquestas brasileñas.

«Mamá to quiero...» tenía, pues así lo requiere la tradición, una escena política. Sin embargo, hacer reír en el Brasil con la política es una cosa bien difícil. O bien se critica al Gobierno, y entonces la policía y la censura intervienen, de manera brutal, perentoria, se cierra el teatro, los actores son inscritos en los cuadros de los sin trabajo, el autor y el director encarcelados... O bien se zahiere a los enemigos del Poder; y como esos desgraciados están casi todos encerrados en prisiones de reputación terrible, sufren por su ideal mil males y a veces mil muertes, los autores no se rebajan de buen grado a ese papel repugnante de ridiculizar víctimas. Además, el público no lo toleraría.

Por tanto, como en los buenos tiempos pasados, se trabaja con la alusión, con un guiño cómplice en dirección a los espectadores. Trabajo de gente de ingenio en el que al público se le exige ingenio, que no le suele faltar...

La escena política del Recreo era la siguiente:

Un señor, en el momento de salir de un hermoso departamento amueblado que le gustaba mucho, pretendía no cederlo sino a una persona digna de ocuparlo. Se hacía presentar a los candidatos a inquilinos. Los interrogaba. Pero ninguno

era de su gusto. Siempre pecaban de algo. Tanto que nuestro hombre, al final, los despedía a todos y decidía concederse una prórroga del contrato.

Esto es todo. Esto no diría nada si yo no les advirtiera que el actor principal se había caracterizado de presidente Vargas, a quien todo el mundo llama por su nombre latino Getulio, y que los demás actores recordaban más o menos exactamente por su *maquillage* o por sus vestidos a los principales candidatos a las próximas elecciones presidenciales. Por tanto, el departamento amueblado designaba claramente el Palacio presidencial de Río, y la escena mostraba al pueblo gozoso la aspereza con que el Presidente Getulio quería mantenerse en el Poder a pesar de la Constitución. Olvidaba decir que dicha Constitución aparecía en el Recreo bajo la figura encantadora de una criolla que hacía el papel de propietaria de la habitación y que, para que nadie ignorase su calidad, estaba vestida con un traje verde donde, sobre un globo amarillo, se leía la siguiente divisa: «Ordem e Progresso». El público reía mucho de la cara de gato furioso que ponía el actor que representaba a Getulio. Lo reconocía. Puede uno reírse de lo que detesta. Esas son las risas apretadas y saludables que conservan en salud los odios necesarios y justificados.

¿Justificados? Sí. Hoy, cuando los acontecimientos han convertido en realidad las escenas del Recreo, en que Getulio Vargas pisotea la Constitución, aplasta las últimas libertades de la gran República, ahoga las últimas voces libres del Parlamento y afirma su voluntad de quedar en el Poder en contra de todos, hay que reconocer que este odio de todo un pueblo que sitia al Presidente dictador, está justificado.

He dicho que ese pueblo era indulgente y dulce. Júzguese cuántos crímenes y exacciones habrán sido necesarios para que, en seis años, Vargas pase de una popularidad que fué real a la execración más sombría.

Getulio Vargas tiene todos los rasgos del tirano clásico. Este hombre limitado y sin cultura, que encierra, tortura o deporta a todos los intelectuales de su país, se cree realmente una emanación de la voluntad divina. Cruel, no hay que decirlo, con una de esas crueldades frías de mestizo que siempre piensa vengar en sus víctimas no se sabe qué afrentas. Sin escrúpulo: sirviéndose de todo y de todos para llegar y subir, y rompiendo sin vacilación los instrumentos de su elevación, este antiguo compañero y amigo del *leader* demócrata Carlos Prestes, conserva en la más terrible de las mazmorras al camarada de sus primeras luchas. También es supersticioso: vive en compañía de un astrólogo a sueldo que le compone horóscopos en los que todos sus deseos se ven magníficamente realizados. Miedoso: hace probar los manjares de su mesa a los ilotas de servicio. Avaro: oculta al extranjero grandes riquezas amasadas en los negocios más o menos inconfesables. Y con todo eso sólo tiene un deseo, unas ganas, una ambición: mantenerse en su sitio, igualarse a esos grandes hombres que reverencia y envidia, de lejos: Mussolini e Hitler.

De la misma manera Toussaint Louverture, tirano de Santo Domingo se creía Napoleón...

Getulio Vargas tiene una fobia: el comunismo. No se entienda por esta palabra la doctrina marxista, ni el sistema que rige en las Repúblicas Socialistas Soviéticas, ni un partido claramente designado, sino todo lo

que se separa, por poco que sea, de los principios de conservación social más absolutos y más antiguos. Para un Vargas, M. Herriot es un enemigo peligroso y el más moderado de nuestros senadores radicales sólo sería bueno para encarcelarlo. Se hace de la sociedad la misma idea que pudiera hacerse un *ultra* de los tiempos de Carlos X. Por lo tanto, todo el que sea una sombra que roce el sistema conservador es, a sus ojos, un soñador peligroso, un intoxicado: un enfermo.

Esta es la palabra exacta: un enfermo. El dictador del Brasil ha llegado a persuadirse de que las ideas democráticas provienen de un virus al que conviene administrar un suero. Y aun esta idea es demasiado científica para que no le sea sospechosa. Como un juez del Santo Oficio, cree que los sufrimientos, las torturas e incluso la muerte son antídotos excelentes para esos males. Los menos atacados deben ser cuidadosamente desintoxicados antes de ser puestos en circulación.

Por insensato que esto pueda parecer a personas razonables, tales concepciones han entrado en vía de ejecución. Y así, en la actualidad, en el Brasil, los hijos y los parientes de primero y segundo grados de todos los condenados políticos son «aislados» en campos especiales, y reeducados, para que no puedan perjudicar a la masa. Incluso las personas conocidas por haber tenido anteriormente alguna indulgencia ante las horribles «ideas nuevas», son obligadas, bajo amenaza de la policía, a asistir a cursos de «desintoxicación política». La palabra está escrita con todas sus letras en un reciente decreto. Y esto sería cómico si no supiéramos que en las prisiones homicidas de Río, en el penal venenoso de Ilha Grande, hombres que ya no son, hombres que el hambre, la sed, los malos tratos, los trabajos repugnantes, la miseria, el clima asesino, los asemeja a las bestias, sufren y mueren diariamente por haber cometido el crimen de pensar.

He aquí, sin embargo, lo que los Estados civilizados dejan que suceda con la mayor pasividad del mundo, en un país veinte veces más grande que Francia, que debería ser un paraíso para el hombre, uno de los lugares sagrados en el que podríamos volver a encontrar las condiciones del Edén bíblico.

El último golpe de estado, se nos ha dicho, ha inquietado a Inglaterra y a los Estados Unidos. Lo creo sin esfuerzo. Ha debido inquietarles en la medida en que los intereses ingleses y americanos estén allí amenazados. ¡De ninguna manera por los brasileños! Los brasileños no amenazan ya a nadie desde hace mucho tiempo. La «élite» en la cárcel, la masa bajo la porra de la policía, no queda ya sino un puñado de chalanes que venden su patria, con un impudor tranquilo, al mejor postor. Y el mejor postor por el momento es Italia, es Alemania.

Los dos estados fascistas de Europa han colonizado el Brasil. Italia reina en el estado de San Pablo. Alemania en el de Santa Catalina. Y ambas a dos se reparten el opulento distrito de Mina Geraes.

¿Qué beneficios obtienen? Riquezas sin cuento. Y principalmente, y sobre todo, con qué hacer la guerra... tungsteno, manganeso, petróleo, algodón, helio, hierro y metales raros. Y oro. Sin mencionar el café, el cacao, el azúcar, los cereales, los plátanos, las naranjas, el maíz, las carnes congeladas, los cueros, etc... En una palabra, con qué alimentar las bocas de los cañones, los alam-

biques de gases asfixiantes y las poblaciones civiles. El Brasil, con sus inmensos recursos, está en camino de convertirse en el arsenal de materias primas y en la despensa de los fascismos.

Que después de todo esto los Estados Unidos e Inglaterra se inquieten, no tiene nada de sorprendente. La gran democracia americana consideraba el Brasil, sobre todo como un mercado donde enviaba sus productos. Inglaterra administra los ferrocarriles y algunas compañías de navegación y de electricidad.

Lo más sorprendente, es la indiferencia de Francia. Indiferencia que tiene por base la ignorancia, ciertamente, pero el deber más urgente de los Poderes públicos ¿no es el saber todo lo que en el mundo interesa a la nación? Cuando hablo a los franceses del Brasil, me preguntan si he visto serpientes, si he comido loros, si el Amazonas es tan ancho como dicen y otras lindezas de este tipo. Nadie parece sospechar que cediendo en el Brasil el sitio a los estados totalitarios, abandonando todos los cargos influyentes que ocupábamos, dejando los intereses franceses en manos de incapaces, desilusionando a todas las amistades que teníamos, Francia ha perdido tanto —y quizá más— como si mañana viese separarse de ella Marruecos o la Indochina.

Y es un hecho. Todos nuestros amigos brasileños, desilusionados por nuestros olvidos, reaccionan sólo blandamente. El mercado brasileño se cierra a nuestros productos. No exportamos más. Soportamos sin protesta todas las vejaciones que la canalla policíaca gubernamental quiere infligirnos. Dejamos de tener a nuestros nacionales. Consentimos que en la prensa brasileña se hagan campañas difamatorias. Nuestros barcos son objeto de los registros más injuriosos, nuestras tripulaciones son molestadas, los pasajeros son sometidos a tales incomodidades que el tráfico se inclina hacia las líneas inglesas, alemanas e italianas. La línea aérea francesa, que ha costado dos millones y ciento dos vidas humanas — ¡y qué vidas! — abdica ante las líneas alemanas o americanas. Allí, como en todas partes, desgraciadamente, el pabellón de la Democracia y la Libertad vacila y amenaza con caer de las manos débiles que lo sujetan.

A la hora en que escribo, no sé qué saldrá del golpe de Estado de Vargas. Puede ocurrir que éste no cunda fácilmente y que el tirano encuentre fuerte resistencia en San Pablo, en Pernambuco y en Río Grande do Sur, sobre todo, en donde el alma de los viejos gauchos de la conquista sigue palpitante. Pero cual-

quiera que sea el nombre del vencedor, Vargas, Armando Salles, Res da Cunha o Salgado, no veo entre ellos a ningún amigo de nuestro país.

Esto es grave. Hace menos de veinte años teníamos allí amistades activas. El francés era el idioma de todos los hombres de letras y de todos los funcionarios. Los ejemplos de nuestra Revolución, las aspiraciones hacia un porvenir mejor de nuestros partidos más avanzados, sólo encontraron simpatía. Mirase la distancia recorrida y el terreno abandonado. Por desidia, por ignorancia, por un desdén fácil por todo lo que es propaganda, hemos perdido a los franceses, hemos descorazonado a los peones de la libertad y del progreso humano, hemos dejado que las cárceles y los presidios se llenen de inocentes.

Cuando tímidamente y con mucha moderación se trata de decir a nuestro embajador en Río, cerrando los ojos a medias y encogiéndose los hombros:

«Querido amigo: no nos compadecemos la vida. Yo tengo un principio: ¡hago la vista gorda!»

Queda por saber si este sistema de gato marrullero es el que conviene emplear ante el águila de Hitler y el fascio de Mussolini.

PIERRE SCHENK

(«Regards», 25-XI-37.)

El cuadro de Picasso "Guernika", será el puesto en los países bálticos

La «Galería Parisiense Rosenberg» ha solicitado del comisario español de la Exposición Internacional de París, que le sea prestado el cuadro «Guernika» de Pablo Picasso, que figura en dicho pabellón, para exhibirlo en una exposición ambulante que la «Galería Rosenberg» organiza en Oslo, Copenhague y Estocolmo, con cuadros de Picasso, Matisse y Braque.

El comisario español, debidamente autorizado por la Presidencia del Consejo, ha accedido a lo solicitado por «Galería Rosenberg».

El cuadro de Picasso será el puesto con la siguiente frase, que su autor ha añadido al título «Guernika»: Acto de execración de la agresión de que es víctima el pueblo español.

Se sabe por noticias particulares que a este cuadro le ha sido concedido un gran premio en la Exposición Internacional de París.

Goering no ve seguro el triunfo

Hamburgo, 27. — Ante 25.000 personas reunidas en el «Hanseático», Goering pronunció un discurso subrayando la necesidad de la potencialidad alemana: «Alemania vuelve a ser digna de que se alíen con ella. El eje de acero de Berlín a Roma corre a través de Europa Central y se ha ampliado hasta Tokio. Berlín-Tokio-Roma: he aquí el mejor eje de paz, mucho mejor que la Liga de Naciones que se refina en Ginebra.» Agregó que Alemania quiere la paz, y refiriéndose al Plan de Cuatro Años, declaró que otras naciones «esperan hacernos poner de rodillas ejerciendo una presión económica». Por eso Goering exhortó a los alemanes a no rechazar los nuevos productos, sino a considerarlos con confianza, y tomando como ejemplo los colorantes, dijo que estaba cierto de que los nuevos productos conquistarán un día el mercado mundial. Goering concluyó diciendo: «Tenemos los mismos derechos que las demás naciones. Si las demás tienen colonias, constituye para ellas un privilegio. No pondremos tregua en nuestras reivindicaciones. Triunfaremos, no gracias a la buena voluntad de los demás, sino gracias a nuestra propia fuerza.» — Fabra.

AZCARATE EN BARCELONA

El embajador de España en Londres proclama su fe en la potencia creadora del pueblo español

Cree que los infundios son obra de los facciosos, que no pudiendo vencer por las armas, apelan a la difamación

Los diplomáticos suelen ser inaccesibles. Sin embargo, un periodista ha tenido suerte al acercarse al embajador de España en Inglaterra, el catedrático Azcarate, a su paso por Barcelona, y conseguir que respondiera a varias preguntas.

—¿Qué impresión le produce a usted España?

En cada visita que hago a España, y en esta última temporada los sucesos de la política internacional me han dado la enorme satisfacción de hacerlas repetidas y frecuentes, me causa mayor asombro y admiración el ritmo con arreglo al cual los distintos sectores de la vida nacional van creando sus nuevas estructuras y organizaciones. Vistas las cosas en su conjunto, como bien a pesar mío puedo hacerlo, gracias a mi forzoso exiliamiento, lo que más asombra es la potencia creadora del movimiento actual. Porque sin ella, llegada a un grado de intensidad difícil de superar, no es concebible que hubieran podido ser vencidas las inmensas dificultades, internas y externas, en medio de las cuales se está reconstituyendo el país.

—¿A qué achaca usted esa potencia creadora?

—Sin vacilar, el origen profundo y auténtico de esa potencia creadora se encuentra en el pueblo. No quiero decir que el pueblo se ponga, de buenas a primeras, a hacer las cosas, la inmensa mayoría de ellas de gran complicación técnica, que son necesarias para llevar a cabo la reconstitución del país. Eso sería una insensatez. Lo que quiero decir es que la reacción del pueblo ante la agresión fascista, su rápida y clara visión de las consecuencias de un triunfo que hubiera destruido todo germen de libertad y toda esperanza de mejora, constituye la nota específica de la crisis que vivimos. No puede haber español de sensibilidad y de cerebro que no sienta el latido profundo que viene del fondo de la entraña del pueblo, y que crea ese «climax» en el que todos los heroísmos y todas las resistencias son posibles. Eso es lo que, de una manera más o menos consciente, va luego nutriendo las buenas voluntades, las abnegaciones, los entusiasmos de los miles de personas que en los frentes, en la retaguardia, fuera de España, va cuidando cada uno de cumplir lo mejor posible su obligación, grande o pequeña, que en momentos como estos, todas deben considerarse como igualmente sagradas, de manera a formar ese inmenso y soberbio mosaico, obra de todos y de nadie, que es la reconstrucción de la nueva España.

—¿Es usted, pues, optimista?

—Claro que eso no basta! Eso es el presente; y lo que importa es el futuro. Pues mirando al futuro, lo decisivo, a mi juicio, es no dejar perder ni un miligramo de la preciosa oportunidad que representa ese «climax» popular a que aludía antes, para incorporar sin reservas, noble y lealmente, al pueblo, a las funciones y las responsabilidades directivas del Estado. En eso estriba todo el porvenir de nuestra patria. Considero cuanto pueda, no sólo frustrar, sino castigar, la plenitud de ese resultado.

—¿Dónde reside, a su juicio, la fuente de esos rumores que perjudican a nuestra causa?

—Esos rumores, mal intencionados, sobre supuestas iniciativas del Gobierno, con vistas a un armisticio,

no sólo son rotunda e integralmente falsos, sino obra del enemigo, que sintiéndose incapaz de vencer, quiere a todo trance frustrar ese resultado esencial de la lucha al cual acabo de aludir. Pero no prosperarán. En cuanto a mí, personalmente, tengo la satisfacción de saber que estoy en el más absoluto y completo acuerdo con el Gobierno sobre esto; el Gobierno conoce igualmente mi punto de vista, y que no se podría pensar en mí como instrumento de una iniciativa destinada a conseguir un armisticio.

—¿Regresa usted pronto a Inglaterra?

—Sí; me vuelvo a Londres, una vez más reconfortado por el contac-

to con los que aquí laboran por el triunfo. Y como siempre, pensando ya en la fecha de la próxima visita. Además, esta vez he conseguido —privilegio magno para los que estamos condenados a vivir lejos— pasar unas horas (¡sólo unas horas!) cerca del frente. No soy hombre de lirismos. Y siempre he encontrado que mi mejor instrumento de expresión para sentimientos profundos y sinceros, ha sido el silencio, un silencio atento y pleno de respeto para los que, sin aspavientos ni gestos teatrales, ofrecen cada día su vida para la defensa de la causa común.

(«La Vanguardia», Barcelona, 28-XI-37.)

HISTORIAS DE MADRES

...“Si viviera Julio, ¡qué gran monumento hubiese hecho al heroísmo de Madrid!”

La madre de Julio Antonio se niega a marcharse, porque aquí están el recuerdo y la obra de su hijo. El Ayuntamiento de Mora de Ebro ha emitido billetes con la efigie de Julio Antonio

«A QUI ESTARA MEJOR, DOÑA LUCIA»

La calle tenía antes un aire quieto y provinciano, hecho de silencio apenas turbado por la circulación rodada. De las vías próximas venían recuerdos añejos escapados de la memoria y de los garabatos gráficos de Mesonero Romanos. Y en una plaza situada a pocos metros, los niños apedreaban el silencio todos los atardeceres con sus voces de timbre débil al servicio de los viejos romances infantiles. Ahora, la calle está llena de ruidos. Por su proximidad a una de las salidas de Madrid, llegan hasta ella los secos estallidos de las balas y hasta el ladrido nervioso de las ametralladoras. Sin embargo, pocos vecinos la han abandonado. De vez en cuando corre un rumor por los pisos —«Hoy dan aceite»—, y los portales empiezan a soltar en la calle un largo cordón de mujeres prendido en la portada de una tienda de comestibles, con su obligado acompañamiento de discusiones, protestas y voces altas disputándose «la vez». Sólo cuando llega una ancianita de andar tembloroso, se acallan las voces. Y hasta se disputa porque cada una de las mujeres quieren cederle su turno.

—Aquí, doña Lucía.

—Venga a mi puesto, doña Lucía.

—Aquí estará usted mejor.

Hasta que la colocan en primer lugar. Doña Lucía es la madre de Julio Antonio.

«SI MI HIJO VIVIERA, ESTARIA LUCHANDO AL LADO DEL PUEBLO»

Doña Lucía no ha querido salir de Madrid. En tres o cuatro ocasiones han querido evacuarla, pero siempre se ha negado rotundamente. De Cataluña, donde residen varios familiares suyos, la han reclamado, en vano, con insistencia.

—¿Por qué, doña Lucía?

—Porque aquí están la obra y el recuerdo de mi hijo, que es lo único que me queda en el mundo,

y yo no quiero morir lejos de ello. No podría vivir sin ver a diario esas piedras entrañables donde aún laten la vida y el espíritu de mi hijo. A salvarlas me han ayudado, con amor que nunca olvidaré, amigos entrañables. Y el pueblo todo, con su exquisita sensibilidad.

—¿Están las esculturas en lugar seguro?

—Sí. En el estudio donde Julio trabajó hasta la hora de su muerte quedan las que por su mucho peso y ser de difícil transporte no se han podido trasladar. Las otras están fuera de peligro, acondicionadas adecuadamente para resistir cualquier contingencia violenta. Por esto no he querido moverme de Madrid. Y porque, además, si mi hijo viviera, estaría, como estuvo siempre, luchando al lado del pueblo.

«EL ULTIMO DE LOS ESCULTORES CLASICOS Y EL PRIMERO DE LOS MODERNOS»

Mora de Ebro, el pueblo catalán donde nació Julio Antonio, acaba de lanzar una emisión de billetes municipales, demostrativa del amor popular a los hombres auténticamente representativos de las artes y las letras. Son unos billetes con la efigie del gran escultor muerto en plena juventud, cuando la gloria ponía un ramo de laurel sobre sus ojos que no habían visto desfilar más de treinta años.

La madre de Julio Antonio tiene ahora entre sus manos varios ejemplares de esos billetes. Y con ellos una foto de la lápida colocada por el pueblo de Mora de Ebro en la casa en que nació el artista genial.

«El 6 de febrero de 1889 nació en esta casa Julio Antonio, último de los escultores clásicos y primero de los modernos. Poseyó pulcritud de alma y de rostro. Cuantos le conocieron le amaron. Fueron breves sus días. Eterno su arte. Vivió ignorado. Murió glorioso. Sus amigos inscriben

La radio de Valladolid declara que el cabecilla Franco ha manifestado que hoy el Ejército de la República ha pasado a ser una potencia verdad

Puesto de mando, 27. (Del enviado de Febus). — Por lo visto, el «paraíso» faccioso es cada vez más «paraíso», sobre todo para los rebeldes. Aclarándolo, dice «Radio Falange de Valladolid»: «No es solamente a los pesimistas a los que hay que emmudecer, sino también a los excesivamente optimistas, pues en éstos se advierte la mala intención al dar noticias que desgraciadamente no pueden confirmarse. Con eso —añade «Radio Falange»— no pretendemos otra cosa que reducir la actual desorientación. Ya ha dicho el generalísimo (?) Franco que hoy el Ejército rojo ha pasado a ser una potencia verdad. Contra tal potencia no es posible anunciar victorias a plazo fijo ni mucho menos.»

(«El Día Gráfico», Barcelona, 28-XI-37.)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

que precisamente eran una exaltación de la raza y de la España trabajadora: «El ventero de Peñalsordo», «La minera de Almadén», el monumento a los héroes de Tarragona... Casi todos los días, la madre de Julio Antonio va hasta el estudio de su hijo a rezarle su oración de recuerdo y de dolor no extinguido. Llega por la calle en cuesta y mal empujada, vacilante ya en su ancianidad, hasta las esculturas que dejó allí su hijo, y las acaricia con la mano un poco temblona por la emoción y los años. Luego, con el mismo paso vacilante, se vuelve a su casita, llena de retratos y de recuerdos entrañables del hijo.

Esta tarde la he acompañado en su visita. Y doña Lucía, todavía con las lágrimas diarias en los ojos hechos al mucho llorar, me ha dicho:

—Si viviera Julio, ¡qué gran monumento hubiera hecho al heroísmo de Madrid!

Antonio OTERO SECO
(«La Voz», Madrid, 24-XI-37.)

Dos aviadores alemanes desertores de la España facciosa

Aterrizan en Austria

Viena, 27.—Anuncian de Linz que dos aviadores alemanes han sido puestos a disposición de las autoridades de dicha población, por motivos no aclarados todavía suficientemente. Según una versión, han aterrizado en la Alta Austria, no lejos de la frontera alemana. Según otra, han pasado la frontera sin aparato. Según la policía, los dos aviadores se hacen pasar por desertores que se niegan a trasladarse a España. Se ignora si ello es cierto.—Fabra.

Nuevo desembarco de tropas en Algeciras

Gibraltar, 14-XI-1937. — Esta tarde han llegado a Algeciras nuevos contingentes de tropas. Entre ellos había 300 italianos mezclados con falangistas, moros y legionarios.

También se veían algunos reclutas jóvenes.

Las informaciones que publica este **DIARIO** responden siempre a la veracidad más estricta

Llegada de Mola y formación del primer Gobierno en Burgos

Mientras los elementos revolucionados se entretenían en las labores de «limpieza», la gente se preguntaba, extrañada, por los directores y jefes de aquel movimiento.

Ya se sabía el fracaso de la sublevación en Madrid, Cataluña y otros lugares, y todo ello aumentaba la inquietud y la impaciencia.

Muerto Sanjurjo — cuando se dirigía a ponerse al frente de la rebelión — los únicos poderes que allí dejaban sentir su influencia eran los personales de Mola en el Norte y de Queipo de Llano en el Sur.

Franco, cuya existencia era todavía un mito, no figuraba en modo alguno ni se sabía a punto fijo su proceder. Se hablaba insistentemente de él, se le elogiaba mucho, circulaban sus hazañas y se encomiaba su juventud triunfante, pero él no aparecía ni daba fe de su existencia.

—A las diez de esta noche — se decía — hablará Franco desde Cádiz.

Y los radioescuchas burgueses esperaban en vano horas y horas, pues la voz de Franco no llegaba por las ondas.

—Mañana — se oía otro día — llega Franco a Sevilla con cincuenta mil moros.

Pero pasaban días y días y no se confirmaba la llegada del general esperado con sus refuerzos africanos.

Transcurridos unos cuantos días desde el alzamiento, los directores juzgaron necesario dotar al país en su parte rebelde de un Gobierno. Esto, en opinión de algunos, daría sensación a la opinión mundial de estabilidad y fuerza. Los elementos militares, y dentro de ellos, los típicamente monárquicos y los requetés, acordaron reunirse en Burgos a tal fin; en estas reuniones y aún en el gobierno que se constituyó no figuraron para nada ni personalmente ni como fuerza política, los fascistas.

Con objeto de reunir esta Junta Nacional que a modo de gobierno había de dar a la sublevación un tinte legal conveniente a los ojos de la opinión, hizo su entrada triunfal en Burgos, en apoteosis heroica, escoltado de requetés y militares, el general Mola.

Tiene el general Mola una historia suficientemente conocida para que intente yo descubrirla. Me limitaré por tanto a relatar su intervención en el acto solemne de aquel día, como organizador y director del organismo llamado Junta Nacional de Defensa.

Mola llegó al aeródromo de Gamonal a las diez de la mañana, siendo allí recibido por las autoridades lo-

cales. Instalado en automóvil descubierto y precedido y seguido de una fila de coches y de grupos de entusiastas admiradores, hizo su entrada en Burgos seguidamente, deteniéndose en el edificio de la División militar.

Durante su paso por las calles de la población, desbordó el entusiasmo de los derechistas, y él, sonriente, de pie en el automóvil — un lujoso descapotable Renault, que por servir de marco a los prohombres nacionalistas ha valido a su propietario un puesto preminente —, en la posición del saludo militar, acusaba en su semblante la satisfacción que todo ello le causaba.

¡Viva Mola! gritaba la gente rodeando el vehículo.

¡Viva el general Mola! repetían por doquier; yo, que presencié en el 14 de abril republicano de Madrid el desbordamiento de la muchedumbre y recordaba el leit-motiv, o al menos unos de ellos, en su jubileo triunfal, no podía olvidarlo, al contemplar ahora este desagravio al antiguo director general de Seguridad de la Monarquía.

Bien es verdad que de las voces provincianas admirativas a las imprecaciones de toda una inmensa masa madrileña, el general Mola debió notar alguna diferencia de matiz y tono, pero el hombre es fácilmente sugestionable y olvidadizo, y, por otra parte, aquello era el principio; tal vez más adelante sería el propio Madrid quien reivindicara la fama del triunfador rebelde.

En el Palacio de la División, y para calmar las ansias de los adictos, se vió obligado Mola a asomarse al balcón central y dirigir la palabra a la gente.

Mola apareció en el balcón rodeado de militares y con un gesto de triunfo y de alegría.

Qué contrastes ofrece la vida. Yo que fui testigo en la hora del triunfo de aquel hombre, que había asistido algunos años antes a su execración por un pueblo gozoso de libertad, había también de asistir, algunos meses después, en aquel mismo lugar y ante aquel balcón, entonces centro de su gloria, al traslado de su cadáver.

Con el intervalo de unos meses, minúsculos periodos en el devenir del mundo, un ser humano pasaba ante mis ojos, del fracaso al triunfo y del triunfo a la muerte.

Las campanas de la ciudad atronaban el espacio en imponente zarabanda. No creo exista ciudad en el mundo donde haya tantas campanas y sea su sonido tan potente como en Burgos.

Es una sinfonía gigante, un bramar continuo de hierro y bronce, que absorbe por completo toda vida en la ciudad; cuando suenan las campanas de Burgos, toda la población es un inmenso diáfono, una caja amplia de resonancia donde el aire es ruido y la Catedral es eco, y todo queda supeditado a aquel vital litúrgico.

En una pausa de aquel sonante bordoneo, Mola, gesto altivo, sonrisa irónica, pronunció su discurso, por decir verdad, su arenga.

Oyéndole, la gente enloquecida de entusiasmo, y, mismo, educado en la fuente amarga del escepticismo, reconozco que llegué a impresionarme y, algunas veces, hasta a creerle.

¡Españoles! ¡Burgaleses! — decía enronquecido — el Gobierno miserable del contubernio socialista liberal ha muerto, vencido por el gesto gallardo del ejército.

España, la verdadera España, la católica y gran España, ha aplastado al dragón y éste muere y revuelve en el polvo... (Aquel símil bíblico causó un gran efecto en el auditorio; Mola tenía inteligencia.)

En breves días, los escasos focos rebeldes (Madrid y Barcelona, serán sofocados, y dentro de pocos días, quizá de horas, yo os lo prometo solemnemente) gritaré: ¡Viva España! desde el ministerio de Gobernación en Madrid... Yo iré a ponerme al frente de las tropas y no ha de pasar mucho tiempo sin que el signo santo de la Cruz y nuestra bandera gloriosa ondeen entrelazadas en Madrid, ¡en el centro de nuestra querida España!...

Como puede comprenderse, al llegar aquí el orador prorumpió el público en una ovación delirante.

Yo también, entusiasmado en el fondo por la idea de reunirme pronto en Madrid con mis familiares, contagiado de aquel entusiasmo, aplaudí ingenuamente.

Esta idea de la entrada en Madrid era para Mola algo obsesante y fatídico; no le abandonaba ni un instante y llegó a contagiarse de tal sugestión a todos los que le rodeaban.

Un amigo mío, al que el movimiento sorprendió en Logroño veraneando (veraneo que ha tenido ya forzosa repetición y que amenaza con «reprise»), ha tenido acierto y la humorada de ir reuniendo en labor paciente y audaz, todos los discursos, notas, artículos, proclamas y bandos en los que desde el día 18 de julio se habla por las autoridades nacionalistas o sus generales de la «próxima caída de Madrid».

Se titula este trabajo, que algún día verá la luz, «Pasión y muerte de un madrileño en Logroño», y es él una de las primeras soflamas recogidas, es ésta, por tanto, la primera soflama.

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial de Burgos.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

No se piense que los episodios que acabo de evocar son sólo testimonio de raras virtudes de una minoría selecta. Militantes más modestos han alcanzado a veces una grandeza igual.

En vísperas de la guerra de Etiopía, desfila ante los jueces encargados de velar por la seguridad del Estado una verdadera muchedumbre de jóvenes, acusados de haber permanecido inquebrantablemente fieles a las enseñanzas de sus jefes encarcelados.

Ninguno de ellos desfallece ante las amenazas ni trata siquiera de atenuar sus responsabilidades. Severino Spaccatrosi, de Albano Laziale; Ettore Borghi, de Livorno, y Aristides Pappazzi, de Roma, condenados cada uno a 20 años de reclusión, proclaman antes de abandonar la sala de Justicia, que la perspectiva de una prisión tan prolongada no les asusta y que confían en volver a ocupar un día, a pesar de todo, su puesto de combate con ardor acrecentado.

La joven obrera Adela Bei, madre de dos niños, acusada también de haber desarrollado una actividad subversiva, no teme responder al presidente del Tribunal, que le pregunta si reconoce ser militante comunista:

Sí: un obrero tiene que ser comunista.

Y añade:

Sabía y sé que la actividad de los comunistas está dirigida no contra los obreros, sino contra los que los explotan. Sabía y sé que mi actividad habría contribuido a apresurar la demolición de este régimen de opresión y de hambre que el fascismo ha instaurado para

tener en un puño a los obreros, a los campesinos, en una palabra, a los proletarios.

El presidente la impidió continuar. Pero unos instantes después, invitada a responder a esta pregunta:

¿Por qué salió usted de Italia y, después de haber vivido en el extranjero con su familia, ha vuelto usted sola al país?, lanza fríamente a la cara del juez esta explicación incisiva:

Salí de Italia porque mis hijos no tenían bastante pan. Regresé para hacer lo que debe hacer todo miembro del Partido Comunista, es decir, para ponerme a la cabeza de los obreros y ayudarles en su lucha cotidiana.

«Ello prueba, en todo caso, que es usted una mala madre», grita con rabia el presidente. Pero ella replica con calma:

Asignándome la tarea de aportar mi concurso a la lucha proletaria contra el fascismo, cumplo, al mismo tiempo, mis deberes de madre, puesto que mi partido lucha por conceder a los obreros el verdadero bienestar y mejorar las condiciones en que están obligados a vivir los niños de los proletarios, esos niños que hoy, aquí, se mueren de hambre.

Lucetti, Rossi, Bauer, Pintus y Scala

Para los habituales del Palacio de Justicia, en donde los milicianos-magistrados elaboran con trabajo sus simulacros de juicios, tales apóstrofes son ya familiares. Puede decirse que no ha habido vista de causa por antifascismo durante la cual, del banco de los acusados, no se haya levantado un hombre para renovar, delante de sus verdugos, su desafío al régimen. Los mismos fascistas, aunque ello les moleste, tienen que reconocer que todas las medidas de intimidación y de represión a que han recurrido son impotentes para desanimar a sus adversarios. En el número de noviembre de 1936 de la revista «Giustizia penale», el profesor fascista Tangredi-Gatti resume así sus impresiones con respecto a los delincuentes políticos que comparecen habitualmente ante el Tribunal especial:

En los juicios, no dejan nunca de expresar su fe francamente o de una manera apenas velada, algunos

con jactancia, hasta con violencia; otros, por el contrario, con sencillez, en forma mesurada, según su temperamento. Jóvenes que, a los 28 o 30 años, salen de la cárcel, después de haber sufrido diez años de reclusión a causa de su actividad subversiva, reanudan la vida emprendida unas semanas después de ser puestos en libertad. En los casos más graves (y es verdaderamente espantoso pensar que se trata de jóvenes de 20 a 25 años), los libertados se disponen fríamente a pasar dos o tres periodos toda su vida en la cárcel.

Lucetti, que en el mes de septiembre de 1926 atentó contra la vida del duce lanzando unas bombas al coche en que iba, interrumpe al presidente cuando éste le dice que ha sido condenado a 30 años de reclusión, para hacer la apología de su acto y exalta su ideal de libertad.

Dentici, a quien el presidente, después de la lectura del veredicto que le condena a varios años de prisión, pregunta si no tiene nada que decir, grita: «¡Viva el comunismo!». Por este hecho, le gratifican con tres años suplementarios de cuidados gratuitos en los establecimientos penitenciarios del régimen.

En la vista de la causa seguida contra los intelectuales que se adhirieron al movimiento Giustizia e Libertà, que se efectúa en dos tandas, en mayo y en junio de 1931, los acusados se exceden uno a otro en nobleza, en valor y en serenidad sonriente y despreciativa.

Rossi se niega a atenuar la intransigencia de su oposición al fascismo y recuerda a sus jueces que no hay leyes que puedan vencer sus convicciones íntimas ni impedirle que cumpla los deberes que le incumben como hombre libre.

Bauer proclama sin temblar — sabiendo que 24 horas antes Michele Schirru había pagado con la vida sus intenciones culpables —, que se honra siendo enemigo irreductible del gobierno, al cual debe el verse sentado en el banquillo de los delincuentes, y añade que está dispuesto a volver a empezar.

Fancello, imperturbable, deja sin respuesta, una

(Continuación.)